

Homenaje a la Dra. Aída Kemelmajer de Carlucci

El día 11 de diciembre de 2001 se realizó en nuestra Casa de Estudios el Homenaje a los Hombres y Mujeres de la Justicia. En dicho evento, cuyo fin no es otro que el de rendir un tributo a aquellas personas que transitan el quehacer jurídico, ya sea desde el ejercicio de la profesión, o desde la función judicial, se ha instituido un premio al Jurista destacado del año.

En los años precedentes los distinguidos fueron los Doctores Jorge Bacqué, Eduardo A. Zannoni y Germán Bidart Campos –miembros hoy del Jurado–, a quienes se les encomendó la tarea de designar al Jurista del Año. Dicha distinción recayó sobre la Dra. Aída Kemelmajer de Carlucci.

Pensamos que la Revista que edita la Carrera de Abogacía resulta el ámbito adecuado para atesorar las palabras de agradecimiento pronunciadas por la Dra. Kemelmajer de Carlucci, donde una vez más no deja de sorprendernos con la profundidad de su pensamiento.

De esta manera las hacemos llegar a todos aquellos con quienes compartimos la Revista.

Beatriz R. Biscaro
Coordinadora Académica

Palabras de la Dra. Aída Kemelmajer de Carlucci

Sr. Rector, Sr. Decano:

En un momento tan importante de mi vida, permítaseme, para agradecer a la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, apoyarme en los grandes pensadores de la historia.

Me han enseñado que cuando se nos honra del modo en que hoy soy honrada, la única posibilidad de decir algo que valga más que el silencio es intentar hilvanar lo que otros han dicho antes. Esta enseñanza es especialmente válida para mí, pues recibo un premio de una Universidad nueva, que seguramente comparte con Shimon Peres la idea de que "En lugar de fronteras ahora tenemos horizontes. Y el horizonte, a pesar de que es visible, es intangible; y cuan-

to más cerca estás de él, más lejano se vuelve. En realidad, casi cualquier descubrimiento científico genera un nuevo descubrimiento científico y nos damos cuenta de que el pensamiento es tan infinito como el mismo universo. ¿Qué derecho debería salvaguardarse a cualquier precio en este mundo de horizontes? Sin ninguna duda este derecho es la educación. Es vital que desarrollemos nuestra habilidad para aprender, mantenernos al corriente de los múltiples cambios que están ocurriendo y ocurrirán a lo largo de nuestra vida". Se trata de una Universidad que seguramente cree con Bertrand Russell que "Sabemos muy poco y, sin embargo, resulta asombroso que sepamos tanto, y aún resulta más asombroso que lo poco que sabemos pueda darnos tanto poder". Una Universidad que quiere dar eficacia a las palabras que Madison pronunciaba en EE.UU. en 1822: "Un gobierno del pueblo sin un pueblo con información o los medios para adquirirla no es más que el prólogo de una farsa, o una tragedia, o tal vez de ambas. El conocimiento siempre gobernará la ignorancia y aquellos que pretenden ser sus propios gobernantes se han de armar con el poder que el conocimiento otorga".

Recibo un premio que antes han recibido tres distinguidos juristas. Germán Bidart Campos es el jurista de la libertad; él nos ha enseñado a releer la Constitución para encontrar en ella garantías que otros no descubrieron.

Eduardo Zannoni es el jurista de la tolerancia; él nos enseñó a razonar el derecho desde afuera del autoritarismo, mostrándonos que el pluralismo social no puede ser ajeno a la familia, centro de nuestras preocupaciones.

Jorge Bacqué es el jurista de la honestidad, el que nos mostró el camino de la dignidad de la Justicia no declamada sino actuada.

No tengo dudas de que en aquella clasificación según la cual hay dos tipos de personas en la Tierra, las que se elevan y las que se inclinan, los tres entraron definitivamente en la primera.

Estos tres maestros creen que yo soy capaz de continuar la tradición por ellos comenzada. Esta decisión es para mí un severo compromiso, especialmente en momentos como los que vivimos, en los que nos aparece patéticamente cierta la afirmación de David Hume: "El mundo es tal vez el bosquejo rudimentario de algún dios infantil, que lo abandonó a medio hacer, avergonzado de su ejecución deficiente; es obra de un dios subalterno, de quien los dioses superiores se burlan; es la confusa producción de una divinidad decrepita y jubilada, que ya se ha muerto". Recibo este premio en tiempos en los que cada día hay que decir con Bertolt Brecht: "Creo en el hombre, es decir, en su razón; sin esa fe no tendría las fuerzas necesarias para levantarme cada mañana de mi cama".

El compromiso es grande, porque este premio supone que la Universidad también cree en el hombre, en su razón, en su esfuerzo, en su laboriosidad, en su sentido de la responsabilidad.

Alguien ha dicho que los seres humanos "somos como actores que entran en el escenario sin tener ningún papel estudiado de antemano, ningún cuaderno con el argumento, ningún apuntador que nos pueda susurrar al oído lo que debemos hacer. Tenemos que elegir por nuestra cuenta cómo queremos vivir".

Pues bien, sin tener ningún papel estudiado de antemano, yo elegí desarrollar mis actividades en la Universidad y en la Justicia. Por entonces, no sabía cuánto peso mi propia tradición ponía sobre la labor elegida: "Quiero que la Justicia sea tan corriente como el agua y que la honradez crezca como corriente inagotable", dice el profeta Amós. "No pretendas ser juez si no te hallas con valor para hacer frente a las injusticias; no sea que por temor de la cara del poderoso te expongas a obrar contra equidad", se lee en el Eclesiastés; el Talmud recuerda: "Ay... de la generación cuyos jueces merecen ser juzgados"; el Deuteronomio manda: "Ciertamente nunca faltarán pobres en este país; por eso te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquél de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra"; y Alfredo Palacios citando a Renán dice: "Nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía son de origen griego, pero en el círculo de la actividad intelectual y moral del pueblo que fue el milagro de la historia hubo un claro, un vacío: despreció a los humildes y vivió de la esclavitud, sin experimentar la necesidad de un Dios justo. Este vacío lo llenó Israel, quien escuchó la reclamación de los pobres y oprimidos, fundando la justicia social, por la cual bregó apasionadamente. Su historia es la lucha de los profetas, abogados de los humildes e inspiradores del Deuteronomio. Los profetas eran tribunos, demócratas austeros que mantuvieron el fuego sagrado de la esperanza obstinada y fundaron la justicia social. Fueron quienes, por primera vez, se rebelaron contra el privilegio y defendieron a los pobres, llegando hasta a increpar a un Dios que no impedía la vigencia de la miseria en el mundo. No podían aceptar la monstruosidad de la injusticia". ¿Quién puede dudar de que Jesús es el paradigma de estos profetas?

Yo desconocía ese peso; me pareció que bastaba con tratar de que en mi caso no se cumpliera aquella ironía tan bien expresada por Paul Masson: "Los funcionarios son como los libros de una biblioteca: los que están en lugares más altos, son los que menos sirven"; que bastaba con evitar que fuese cierta la definición de Bentham sobre la jurisprudencia: "El arte de ignorar metódicamente lo que es conocido por el mundo entero".

Sólo después, frente a la miseria de algunos expedientes, entendí con Saint Exu-

péry que "Ser hombre es ser responsable. Es conocer la vergüenza frente a una miseria que no parece venir de sí; es sentir, colocando su piedra, que uno contribuye a construir el mundo". También entendí con Ihering que "Resistir a la injusticia es un deber del individuo para consigo mismo, porque es un precepto de la existencia moral; y es un deber para con la sociedad, porque esta resistencia no puede ser coronada con el triunfo, más que cuando es general".

Por eso, porque el triunfo sólo es tal cuando es general, sé que lo poco o mucho que he podido hacer y que me es reconocido con este premio, no es mi obra, sino la de otros, como son de otros las palabras que estoy pronunciando. Por eso, en este momento, nada mejor que recordar al astronauta Armstrong, que al poner el pie en la Luna dijo: "Un paso pequeño para un ser humano, pero un gran paso para la humanidad". De esta manera, al resumir cómo se sentía al poner el pie en la Luna, incluía a todas las personas que habían existido antes que él, pues no era el único que tenía mérito.

Queridos amigos que me acompañan en este momento tan significativo, querido esposo, los convoco a recordar a Maimónides y actuar en consecuencia, "Nuestros ojos miran hacia adelante, no hacia atrás". Es que como dice el poeta: "Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran y se reconocen y se abrazan, y ese lugar es mañana. Y aunque no podemos adivinar cómo será ese mañana, bien podemos imaginar cómo queremos que sea".

Muchas gracias.